

—Me agrada la vida del campo más que todas las diversiones, mi querida y buena amiga.

—¡Oh, qué feliz será Armando!—exclamó madama de Emmeryn,—y vos también, querida mía, ¡os lo prometo en su nombre! ¡Dios mío! ¡qué dicha ha perdido mi pobre Leopoldo!

Detúvose la palabra en los labios de madama de Emmeryn y llevó el pañuelo á los ojos; la pobre madre sentía celos por una felicidad que se anunciaba tan pura y que no había podido dar á su hijo querido.

Madama Darboys, sorprendida, no halló de improvisó ninguna objeción que hacer; dijo, sin embargo, que era necesario consultar á Germana, y cuando ésta hubo dado su aquiescencia con su modestia acostumbrada, la casa fue abierta para monsieur Armando Legléve, al que presentó el tío Félix, que no cabía en sí de gozo.

Madama de Emmeryn no se había engañado. Muy pronto reconoció Germana en este hombre un poco tímido, el alma y el carácter que le convenían y que podían reemplazar la más cara afección de su vida; la de Valentina; dividido con él, el camino de la existencia le parecía seguro y fácil.

Monsieur Legléve poseía esa dulzura, esa bondad que dan tanto encanto á la existencia entre dos; la lealtad que tranquiliza y la nobleza de corazón, que hacen á la mujer estar orgullosa de su esposo.

Este hombre comprendía á Germana y la

amaba; ella le amó á su vez, y durante los seis meses que pasaron hasta su matrimonio, la joven olvidó el pasado y sus pesares, y no echaba de menos en las perspectivas rientes del porvenir más que dos figuras: ¡su padre y Valentina.

## XIII

## Días hermosos

El día del casamiento llegó por fin.

Germana, conmovida, y un poco pálida, abrochaba con mano trémula los corchetes de su traje blanco de seda, cuyo corte elegante hacía resaltar la gracia de su flexible talle.

En su rubia cabellera estaba ya prendido el ramo simbólico de azahar; su madre arreglaba los pliegues del velo que debía completar su traje nupcial.

Angela, siempre encantadora, y vestida con un traje de gran riqueza y exquisito gusto, prestaba poca atención á su hermana; de pie, delante de la chimenea, miraba con



atención un estuche donde llameaban con mil fuegos un soberbio broche y unos incomparables pendientes, todo de brillantes. Angela los movía y lanzaban todos los reflejos del arco iris; los alejaba, los acercaba, y parecía hallarse bajo el peso de una profunda preocupación.

—¿No te pones siquiera el broche?—preguntó á su hermana.

—No,—respondió ésta;—me lo pondré con los pendientes para la comida; ahora llevaré los pendientes y el collar de perlas que me ha dado mamá.

—¡Ah!—exclamó Angela con un ligero tinte de amargura en la voz,—es en verdad una extraña idea el regalarte brillantes á ti, que vas á pasar la vida en un pueblo.

—Por eso monsieur Legléve no ha comprado para mí esos diamantes; son de su madre, como él mismo dijo al dármelos.

—Ya lo sé,—repuso la joven,—y eres bien dichosa en casarte con un hombre que ha podido poner diamantes en tu canastilla, mientras otros...

Detúvose, y arrojó una mirada desdeñosa y enojada sobre los brazaletes que llevaba, y que no tenían más valor que el del gusto de la elección.

—¡Un brazaletes de mosaico!—murmuró;—¡otro de turquesas!... ¡no hay miedo de que me cambien con la reina de Golconda!

—Pero, Angela,—exclamó Germana, á la que esta conversación causaba pena;—acuérdate de que tuviste opción entre las joyas y

los chales de cachemir; elegiste dos de estos últimos, uno blanco y otro negro... ¿por qué te quejas ahora?

—¡Mis chales! ¡ya me fatiga solo el verlos! ¡Leopoldo debía y podía regalarme también diamantes, que no cansan nunca!

—Mira,—dijo Germana,—si pudiera disponer de esas soberbias joyas que, como sabes, anoche mismo me ha traído Armando, en este instante te las daría; ¿qué tesoros se pueden igualar á la alegría interior que yo siento, que tengo en el fondo del alma? ¿qué tesoros no daría yo porque nada turbase la armonía de mis pensamientos, porque una nota discordante no turbase este íntimo concierto? pero ya sabes, hermana mía, que estas joyas las ha guardado siempre Armando para su esposa, y yo he aceptado con ellas el respeto á la memoria de su buena madre.

Madama Darboys sufría cruelmente con las reflexiones amargas de su hija menor, porque expresaban un deseo que no le era dado satisfacer en el mismo instante. De buena gana hubiera invocado la lámpara de Aladino, para arrojar á los pies de la hermosa joven las joyas maravillosas que aquel llevó á la hija del califa; mas por lo menos apuntó en su memoria un deseo que era para ella, como todos los caprichos de su hija, una orden imperiosa.

Angela cerró el estuche y lo puso sobre la mesa.

—¿Y te conformas sin viaje de boda?—preguntó á su hermana.



—¡Cómo, sin viaje de boda!— exclamó la desposada con animación; —¡se ha decidido que iremos á Cambray para ver á Valentina!

—¿A Cambray? ¡una de las ciudades más viejas de Francia! ¡hermoso viaje!

—¡Qué importa la ciudad, con tal que abraze á Valentina!

—¿Estás contenta? pues mejor para ti; yo fui á los Pirineos y no me pareció demasiado; no hay en la vida más que una luna de miel y un viaje de boda.

—Querida Angela, —interrumpió su madre, —ya es tiempo de que vayas á ponerte el sombrero y á avisar á tu marido; toda la familia está en el salón.

—¿Está también la tribu de los Legléve? ¡Vamos á ver figuras curiosas! Perdón, Germana; no creas que lo digo por Armando, que es muy agradable y simpático.

Angela salió riéndose, y Germana pudo anudar el hilo de sus pensamientos, dulces y graves á la vez.

Estaba tranquila como siempre y su semblante era el espejo de su alma, inundada de tranquilidad y de confianza hasta en las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas al recibir las bendición nupcial, sintiendo la mano que debía conducirla en la vida, estrechar tiernamente la suya; hasta aquellas lágrimas estaban llenas de encanto, y durante todo el día de su casamiento, sólo tuvo un instante de penosa emoción; al separarse de su madre que lloraba, como había llorado el día que partió Valentina.

A la vuelta de su viaje de boda, piadosa peregrinación al país de la amistad, Germana fue en seguida á tomar posesión de su casa; de su querida casa, en la que entreveía toda una existencia de dicha y de santos deberes.

Fatigada por el ruido y el polvo de los grandes caminos, tuvo como una visión de paz, cuando á la vuelta de un sendero, su marido le mostró un lindo pueblecito y una casa un poco separada, cuya blanca fachada sonreía entre los árboles y le dijo:

—Mira nuestra casa, Germana. ¡Mi querida y dulce compañera, que seas bienvenida á ella!

Imposible era soñar un sitio mejor para abrigar la felicidad; aquella población, situada entre Climón y Richelieu, á la orilla de un río que lleva á Loira sus aguas transparentes, reúne cuanto crea la belleza de los paisajes: el sol, la verdura, la ondulación de los terrenos, y el movimiento de las aguas.

La morada de monsieur Legléve estaba separada de la última casa del pueblo, que era grande, por una huerta inmensa, cuyos nogales y manzanos se doblaban ya bajo el peso de su fruto. La casa, antigua, era espaciosa y risueña; edificada con piedra blanca, el tiempo le había dado las tintas del ámbar; al lado del Norte, una hiedra la vestía con su tierna verdura. Al Mediodía, los jazmines, las glycinas, la madre selva y la clemátida, se enlazaban, subían y guarnecían las ventanas con sus guirnaldas variadas. En el



peristilo, los geranios purpúseos y las rosas blancas deslumbraban los ojos, y Armando enseñó á su esposa un banco preparado á la sombra, y en medio de las flores.

—Aquí nos sentaremos por las tardes,— le dijo,—y veremos ponerse el sol detrás de los castaños.

Entraron en la casa. Germana la amaba ya antes de haberla visto, y la amó mucho más después de tomar posesión de ella. Todo era sencillo y cómodo; el salón tenía muebles muy antiguos y grandes retratos, y sus ventanas se abrían sobre el parterre, tapizado de rosas; el dormitorio era modesto, pero blanco y risueño; el comedor, grande, amueblado con vieja encina, y en el techo se veían las antiguas vigas, como en los salones feudales; las ventanas se abrían sobre el frondoso castañar, que á la hora de la comida iluminaba el sol con sus últimos rayos.

En el gabinete de Armando se veían los tesoros de las noches de invierno, los libros antiguos y nuevos, los clásicos y los románticos reunidos en paz dentro de una vasta biblioteca.

El resto de la propiedad alegraba el alma y la vista; el parterre estaba florido, como un inmenso ramillete, y el huerto, ancho y cuidado, tenía campos de césped que servían de alfombra á los grandes árboles frutales, llenos ya de rica cosecha.

—Nuestros hijos jugarán aquí,—murmuró Armando con voz conmovida y estrechando la mano de su mujer.

Esta lo admiraba todo: las rosas, los albaricoques, las coliflores, los bosquecillos, que le prometían tan encantadores paseos, los cuadros de hortalizas, que prometían tan buenos platos. La amable joven halló palabras afectuosas para los criados, caricias para los perros de Armando y nombres familiares para la cabra, las palomas y las gallinas, á las que ofreció cuidar por sí misma. Era dichosa, en fin, y el recuerdo de Valentina, á la que acababa de ver dichosa también, ponía el colmo á su alegría.

No se describe la dicha, no se puede referir esa dulce monotonía de los días felices, ni esos acontecimientos tan pequeños para los indiferentes, tan grandes para los que aman.

Una corta ausencia que dulcifican las cartas, un paseo por los campos, la primera violeta encontrada á la entrada del bosque, una lectura hecha á dos, en la que la misma palabra, el mismo pensamiento, han despertado en dos corazones la misma emoción, y en fin, el más santo de los goces, el nacimiento del hijo tan esperado y tan deseado, todo esto fue para Germana un manantial inagotable de alegrías. Su alma estaba hecha para comprenderlas y se hallaba contenta viviendo lejos del mundo que distrae, disipa, extravía y pone con frecuencia los pequeños placeres en el sitio de las grandes felicidades; cambio digno de salvajes que dan el oro por el vidrio.

Nada fue perdido para Germana, ni en las



íntimas dulzuras de la vida á dos, ni en los primeros é incomparables goces de la maternidad: al cabo de tres años, dos cunas, dos huéspedes nuevos, ocupaban su casa y su corazón.

Veamos cómo contaba ella misma á Valentina su dicha, sin temor de excitar su envidia: porque sabía que su hermana, su fiel y tierna amiga, había colocado más alto que en la tierra su amor y sus esperanzas.

*Mi querida y buena Valentina:*

*Armando está en el Tribunal, y juzga las pequeñas reyertas de nuestros aldeanos: Gabriela forma corderos de madera sobre el césped. Marcelo duerme con las manos cruzadas en su camita: yo estoy sola y libre y voy á hablar un rato contigo.*

*Puedes suponer lo dichosa que seré con el nacimiento de este segundo hijo tan deseado, es un motivo más de gratitud hacia Dios, que me ha quitado mucho, pero que me ha dado mucho también.*

*Cuando me veo en esta apacible morada, en medio de este paisaje, que un pintor envidiaría; cuando oigo como en este momento al ruiseñor prolongar sus trinos en mi bosquecillo de lilas y de jeringuilla; cuando pienso en mi marido tan bueno, tan perfecto para mí, alma gemela, que tu ternura ama y comprende tan bien, cuando pienso en mis hijos, que serán la corona de nuestra vida, mi corazón rebosa de gratitud, y necesito rezar...*

*Me has dicho, Valentina, que tú experimentas lo mismo al pensar en tu vocación; que al considerar por qué admirables resortes te ha llevado Dios adonde quería; al ver las manifestaciones directas de la Providencia respecto á tí, no podías menos de abismarte en un profundo recogimiento... Mi querida hermana, aunque marchamos por sendas diferentes, nos comprendemos, como siempre.*

*Una sola cosa me apena y me inquieta, y es la posición de nuestra madre. La veo triste, pensativa; envejece por días y ha perdido aquella encantadora alegría, aquella suavidad, que daban tan incomparable atractivo á sus maneras y á su conversación. No se queja de nada ni de nadie jamás, y no obstante, adivino que sufre. No me atrevo á preguntarle nada, porque ya sabes que no me respondería.*

*Angela está ya buena; largo tiempo ha sufrido las consecuencias del nacimiento de su hijo, al que no ha podido alimentar á su seno. Raoul es un niño delicado y hermoso y yo le encuentro mucho parecido con nuestra madre, cuya pura y distinguida belleza era nuestro encanto: ya sabes que el parecido suele saltar toda una generación.*

*Mamá y madama Emmeryn se disputan al niño, están locas con él, y llenan de tal suerte sus deberes de abuelas, que Angela no tiene que hacer por su hijo otra cosa que amarle. Ya lo ves: la vida de nuestra hermana continúa como empezó: en los senderos fáciles.*

*Su marido está entregado por completo á las exigencias de su empleo: yo le creo un poco am-*



*bicioso. No se contentaría él con ser Juez de Paz de C... y nosotros hallamos nuestra suerte tan bella!*

*Marcelo se despierta, y me obliga á dejarte. Adiós, hermana mía. Adiós, mi Valentina: te abrazo mil veces: ruega por Armando, por mis niños y por tu hermana*

GERMANA DARBOYS DE LEGLÈVE.

*Gabriela me pide muchas veces tu retrato para besarle: dentro de dos ó tres años te la llevaré.*

Escribiendo así á Valentina, Germana vertía sobre el papel toda su alma, pero no todo su pensamiento; no quería llevar la inquietud al ánimo de su hermana, revelándole lo que sabía acerca de Angela y de su madre: no quería dar á Valentina, que había elegido la suerte del trabajo y del sacrificio una pena, añadida á la austeridad de su vida, y guardaba para ella sola las ráfagas de luz que le llegaban alguna vez, y que aclaraban dolorosamente la existencia de madama Darboys; mademoiselle Honorina y madama Emmeryn, eran las que, sin que ella los solicitase, le daban estos informes.

—Parece,—le decía la vieja señorita,—que Angela tenía sed de reinar: ha significado á tu madre que en adelante será ella quien dirija la casa, y que los criados recibirán únicamente sus órdenes.

—¿Y mamá ha cedido?—preguntó Germana.

—Según su costumbre. ¿No es la muy humilde y muy obediente servidora de Angela? ¿No teme ante todo disgustarla y hacer la vida en común imposible?

—Más en fin, ¿qué motivo da mi hermana? Mamá es una excelente ama de casa.

—Eso es justamente lo que la disgusta. la encuentra demasiado económica, demasiado *mirada*: dice que no está al nivel del progreso y que no adopta bastante pronto las invenciones del lujo; encuentra su manera de disponer estrecha y mezquina. Angela va á cambiarlo todo: lo que dará como resultado, el que tu madre estará en casa de sus hijos, y no sus hijos en su casa.

—¡Tanto peor!—respondió tristemente Germana.

—Es posible que sea peor: ¿Pero qué remedio? Tu madre no debía envejecer ni tener ideas antiguas y rutinarias: ¡no se puede envejecer cuando se depende de una hija egoísta!

—Mi madre no depende de mi hermana.

—Depende por el corazón; ahí es donde su cadena está soldada, y para siempre. ¿Qué no hace para alcanzar de Angela una mirada dulce? El otro día fue el santo de tu hermana: al irse á vestir halló sobre la mesa de tocador dos botones de brillantes para las orejas, que completaban todo su aderezo; eran una pequeña atención de Susana á su hija.